



**MARINA
MARIASCH**

**ESTAMOS
UNIDAS**

emecé

Marina Mariasch

Estamos unidas

emecé

Reloj piromaníaco

¿A dónde van los esqueletos de las montañas rusas cuando los parques de diversiones cierran? En África hay cementerios de elefantes que sólo ellos conocen donde se juntan a morir hasta que sus huesos forman trepadoras gigantes. ¿Habrá un cementerio para los caminos de hierro en espiral? Tal vez el Samba esté en Santiago del Estero, las tazas en algún lugar de Itapúa, el barco y el pulpo en Necochea. . .

Ya eran los noventa pero todavía no lo sabíamos.

Verano de 1990: hacía calor normal, sin récords, y la alfombra picaba a través de la remera. Me tiraba en el piso de mi cuarto que era donde pasaba la mayor parte del tiempo. Como ahora. Me tiraba en el piso porque había aprendido que el calor sube y desde abajo las cosas se ven monumentales como yo quería que fueran. Tenía la pared escrita por mis amigos con frases en marcador, ese que abríás la tapita y era como droga. El trazo era de pintura y habían puesto cosas sobre las novias sin tetas y el amor es una mala medicina. Apoyaba la espalda en el piso y las piernas

en la pared. La cal daba frío y sentía que las palabras de mis amigos se metían entre mis piernas.

Ese año mi hermana se había ido de intercambio a los Estados Unidos. Le había tocado pasar una temporada muy al norte, casi en la frontera con Canadá, en casa de la familia Snow. Mis amigos y yo nos encontramos un viernes al atardecer en una esquina de Recoleta para ir al Laberinto del Terror. Todavía no era de noche pero ya había salido el lucero y daba toda la impresión de que el cielo tenía ganas de cambiar de color más rápido que en un videoclip. Todo era un video. Al cielo lo veíamos en fast forward transformándose del azul Francia al marino en segundos, falseado por las nubes epilépticas. Nuestras habitaciones las veíamos desde el suelo con el gran angular del ojo de un pez. Las palabras no tenían peso; el pasado de la literatura y todo eso eran los fósiles que formarían poemas.

La familia que le había tocado a mi hermana vivía en las afueras de Spokane, muy cerca de donde David Lynch filmaba *Twin Peaks* que se estrenaba por la tele ese año. Todo era nieve hasta las rodillas. Por el tiempo que pasaba viviendo en lo de los Snow, ella podía decirles a los dueños de casa mamá y papá.

En la esquina donde nos encontramos había una heladería y yo me tomé un helado de marrón glacé y pistacho por parecer excéntrica y porque estaba

haciendo dieta hacía dos días: no comía nada pero podía ingerir cualquier cosa líquida. Tenía la panza chata y podía ponerme el jean más chico y la remera cortada. El golpe de glucosa me excitó, y empezamos a correr barranca abajo hacia el Laberinto.

Adentro era todo negro, como el futuro de casi todos nosotros, pero todavía no lo sabíamos, y agitábamos los brazos en el aire como si fuéramos libres. No había luz y pagamos una entrada muy cara. Lo que se veía era lo blanco del ojo, y los dientes. Nos amontonábamos en un puñado y gritábamos tratando de provocarnos miedo y así gastábamos la energía y nos sentíamos la piel caliente.

Nos hicieron avanzar por el pasillo y tuvimos que despegarnos y caminar a unos cincuenta centímetros de distancia entre cada uno. Íbamos con los brazos quebrados y las manos abiertas con miedo a que se nos cruzara algo y a la vez deseando que se nos cruzara. Tocábamos aire. Se iba poniendo frío porque los acondicionadores funcionaban a tope y las pequeñas ráfagas asustaban en las esquinas. Nos alejábamos.

Me quedé sola entre todos los chicos. Al final, el Laberinto del Terror era eso: encontrarte vos solo con tu propia soledad, tu cuerpo de carne y ropa tres talles más grande o más chica, tu incomodidad, como en la noche cerrada de un campo sin estrellas.

Sola, tanteaba el espacio que me rodeaba sin encontrar nada de qué aferrarme hasta que escuché un ruido que fue un tronco en el naufragio y doblé. Eran sonidos de cadenas, un grillete, y desde atrás de lo que debe haber sido un panel de durlock negro, apareció un monstruo.

Yo creía que los monstruos tenían prohibido tocar a los visitantes, o eso me pareció leer en un cartel en la entrada. Pero este monstruo me agarró muy fuerte de la cintura y después pasó las manos por el resto de mi cuerpo, entre las piernas y por abajo de la remera. Habrá durado unos cinco segundos con música de un grito agudo y sostenido que venía de más allá. Yo estaba muda y apretaba los dientes. Me había dado terror como convenía pero también se me aflojaron las rodillas y quise entregarme a esas manos como a la plancha en una pileta en verano.

A los Snow los conocí por mi hermana. Todo lo que supe siempre de ellos fue por las cartas que me escribía. Los Snow eran así: mamá Julie, papá Jeff, Daniel y Sam. Y la misteriosa Kimberly cuya habitación ocupaba mi hermana. Julie, la mamá, era una mujer a la que mi hermana no podía calcularle la edad. Sabía que rondaba los cuarenta pero estaba tan abandonada que se desdibujaba en sus límites, sus rasgos, sus años. El padre era un hombre flaco y fibroso, de ojos claros y actitud contenida. Era

médico oculista y manejaba una clínica de ojos en el centro de la ciudad, lo que a mi hermana le hacía pensar que tenía mucho dinero porque los médicos en Estados Unidos ganan bien. Pero podría haber sido asesino serial. Tenía todo el aspecto de esos chicos que al volverse adultos conservan la cara de bebé en un cuerpo más grande y deteriorado, y entonces para parecer más viriles se dejan crecer la barba. Jeff tenía barba.

La habitación de Daniel estaba pegada a la que ocupaba mi hermana, o sea la de Kimberly, y ahí pasaba Daniel la mayor parte de su tiempo. Ahí o en el playroom que quedaba en el mismo piso que esas dos habitaciones y el lavadero. Daniel era adolescente y usaba aparatos fijos. Sam era un chico, una bola de grasa agitada cargada de agresividad. Eso decía mi hermana en sus cartas:

«La casa tiene un portón eléctrico para que entren las dos camionetas, un felpudo que parece la cama de un faquir y el living en desnivel. En esta casa el queso es naranja y en fetas, parece goma eva».

«Hoy se fueron todos temprano y me tiré en el sillón a ver la tele (MTV, *Awake on the wild side*). Pasaron esa canción Back to life, back to reality y se me activó el bombachón, pero lo surfié. Me comí un paquete de Oreo que son unas galletitas negras como el petróleo y un turrón de maní. Cuando es-

cuché el ruido del motor de la camioneta bien lejos entré al cuarto de Dan. Dan tiene una cama de agua. La toqué con las dos manos y me acosté panza arriba, parecía un animal enorme y manso que me abrazaba. Es afelpada y tan lábil... Debe tener la espalda destruida Dan.»

Desde la noche en el Laberinto del Terror no pude salir de casa. Estaba aplastada igual que una chapita en el pavimento. Me la pasaba tirada en la cama dándole play y fast forward al botón de la doble casetera con el brazo estirado para atrás, sin mirar, pasando todos los temas porque todos me ponían igual de mal, los tristes me ponían triste y los alegres me hacían sentir que la alegría era de los demás. Quería ser mi hermana, pero mientras yo me la pasaba tirada en la cama sin hacer nada ni comer nada y adelgazaba, mi hermana estaba en la nieve, comiendo sin parar golosinas importadas, y engordaba. Como se aburría, todo el tiempo me mandaba cartas.

«Me despierto ocho y media y está nevando. Desayunamos huevos y tostadas. Todos se visten elegantes y vamos a la iglesia. Jeff me explica qué es el Espíritu Santo. Dice que es la tercera persona, que es un fuego y que es un don. Cuando termina el sermón, entramos a un salón enorme y frío donde hay una mesa servida con budines y café en vasos de telgopor. Todos se acercan a saludarme. Después

vamos a almorzar a un Taco Bell. Jeff me dice que en una parte de la misa hablaron de los judíos, pero que él no tiene nada en contra. Volvemos a la casa y hacemos un muñeco de nieve. Queda flaco y un poco gris, no es como me lo imaginaba.»

De noche soñaba con ir a bailar. De día bailaba en el espejo con amigas. Nos probábamos la ropa de las otras para medirnos el cuerpo. Entrábamos en el cuerpo de las otras. Mi hermana estaba perdida en la nieve.

«Jeff es oculista y tiene los ojos redondos, azules, chiquitos y juntos, como si fueran de vidrio. Hoy dan el Super Bowl así que todos están contentos y preparan pochoclo en el microondas. El juego me aburre, aunque las propagandas son increíbles, con coros de porristas y una voz muy grave de locutor al final que te convencen de todo. Pueden hablar mal de la marca rival. Pepsi de Coca y así. Mientras ellos miran la tele voy a los cuartos a revisar sus cosas. Es más divertido hacerlo cuando están en la casa. En mi cuarto, el cuarto de Kimberly, puedo encerrarme tranquila y revisar todo. Si alguien quiere entrar va a golpear la puerta. Ellos tienen ese concepto de la propiedad privada tan afilado que a nadie se le ocurriría entrar sin permiso (ahora es *mi* cuarto).

Encontré el anuario escolar de Kim, estuve horas hasta encontrarla a ella. En la fotito cuatro por cua-

tro no se parece nada a la Kim de vestidos de raso y equipos de college que hay en los portarretratos del cuarto. En la foto del anuario tiene aparatos, un corte de pelo que no la favorece, como cuando yo fui corriendo a la peluquería a hacerme el de la chica de *Chorus line* y papá me dijo que parecía un león. Parece alguien de otra década, una desaparecida. Pero, ahora que lo pienso, en todas las fotos parece muerta. Empiezo a sospechar que estoy viviendo en la habitación de una chica muerta. Nadie me dice nada de ella. Eso explicaría todo. Julie no se tiñe las canas, es una mujer con depresión. Sam tiene problemas de atención, es inmaduro. Estoy segura de que Jeff es homosexual reprimido, él es el asesino. Otra opción es que a Kim la haya matado Dan y la familia lo esté encubriendo. Aunque hace un rato revisé una caja que tiene abajo de la cama y encontré el casete de *Stand by me*. No debe ser tan malo.»

En Buenos Aires la hiperinflación era una bola gigante que recorría las calles rompiendo las vidrieras, aplastando los autos y las personas. Mamá no paraba de hablar mal de papá por teléfono con las amigas ni de llorar. Se encerraba en su cuarto pero se la escuchaba igual. Era el show del secreto: quería que lo supiera. Los gastos se recortaron por el lado de Via Vai y se terminaron las salidas de los viernes con la abuela a comprar ropa. Me llevaba, o más bien

yo la llevaba a ella, a una esquina con escudos de los estados confederados del sur y un perfume distinto a todo lo conocido. Ahí adentro te sentías extranjera, superior.

A mi hermana no querían decirle nada de lo que pasaba acá para que ella viviera su propio sueño americano. Y así la mantuvieron protegida de la carrera loca de los precios mientras ella compraba papel de carta en dólares y engordaba en manteca de maní y melaza.

Ni enterada, allá ella. Yo contaba calorías y me salía. Sabía que estar flaca no significaba la felicidad ni iba a solucionar mis problemas. Pero me prometí que si estaba flaca me compraba botas texanas. Me llamó uno de los chicos con los que habíamos ido al Laberinto, uno que me gustaba mucho pero que había salido con Carla. No lo sentí una traición porque a mí me gustaba de antes. Traición fue la de ella que sabía que gustaba yo.

Fuimos a un cine de Recoleta a ver *La familia* de Ettore Scola. Era la que daban, no la eligió ni pronunció el nombre del director. Cuando en la pantalla empezaron los tonos sepia se distrajo conmigo. El movimiento era cuidado, sentía el calor que venía de su pierna. Me puso la mano en su bragueta y sentí lo viscoso que tienen ahí. Se habría distraído igual con una de Hollywood, pero yo estaba angustiada, la temática de la peli me tocaba de cerca y además era

el cine culto como el que miraba con mi papá cuando él todavía vivía en casa. Nos fuimos.

En su habitación nos dimos unos besos blandos, tenía los labios gruesos y mullidos. Ahí todo era beige, las alfombras y su piel, y superficial como la ropa y el amor que nos dábamos. Él era en extremo cuidadoso y atento, de esos chicos que se quieren tanto que no pueden ser maleducados. Yo me enamoré y no podía llamarlo ni hablarle ni estar contenta. Cuando lo veía me ponía triste como cuando llegás a un lugar de vacaciones porque sabés que se van a terminar. Le tenía miedo, no quería llegar tan rápido debajo de la bombacha.

A la vez el tiempo pasaba lento, con el calor pesado de fines de enero. Él no tenía nada que ver con la piletta y el asado, los deportes y el sol. Vivía en un mundo acondicionado en los veinte grados y en su departamento había una primavera eterna que te dejaba el pelo lacio y el perfume intacto.

Esperaba todo el día, me cansaba haciendo listas de lo que comía y probando formas de poner las manos que quedaran bien. La cabeza para el costado, un hombro más alto. Terminaba acalambrada. Cuando el teléfono sonaba, cada dos o tres días, era tarde y mamá atendía desde su habitación con la voz pastosa de los somníferos «por si era una emergencia». Yo levantaba el tubo y gritaba: ¡Mamá, cortá!